

TERCER CONGRESO GENERAL DE HISTORIA DE NAVARRA
NAFARROAKO KONDAIRAREN HIRUGARREN BATZARRE OROKORRA

Pamplona, 20-23 septiembre de 1994



Área III. EL MUNDO DE LAS IDEAS

Ponencia IV

**CLASICISMO Y FALANGE: EL *CATILINA* DE ANGEL
MARÍA PASCUAL**

ANTONIO DUPLÁ

Dpto. de estudios clásicos (UPV/EHU)

I

Hace unos pocos años se reeditaba una obra que creo que merece unos minutos de atención, tanto por parte de los estudiosos de la Antigüedad, especialmente los más interesados en la tradición clásica, como por parte de los estudiosos de la historia contemporánea, en particular de aquellos que centran su estudio en la historia de las ideas políticas conservadoras o «de derecha».

Me refiero al libro *Catilina*, de Angel María PASCUAL, publicado póstumamente en su primera edición en 1948¹. En una «Nota catilinaria», que será publicada en el núm. 10 de la revista *Veleía* del Instituto de Ciencias de la Antigüedad del UPV/EHU, hacía un breve comentario de esta reedición, para darla a conocer entre el mundo de la Historia Antigua, poco proclive tradicionalmente al estudio de la tradición clásica.

El autor de esta obra singular es Angel María PASCUAL (Pamplona, 1911-1947), periodista, también ensayista, y destacado intelectual de los círculos falangistas de la capital navarra. Desaparecido prematuramente a la edad de 35 años y estrecho colaborador de Fermín Yzurdiaga, figura principal de la intelectualidad falangista navarra y aun española, PASCUAL fue redactor jefe del diario falangista *Arriba España* e impulsor fundamental de *JERARQVÍA. La Revista Netra de la Falange*.

PASCUAL publicó varias obras (*Amadís-1943-*, *don Tritonel de España-1944-*, *Capital de tercer orden -1947-*; póstumamente *San Jorge o la política del dragón -1949-*); posteriormente aparecería *Glosas a la ciudad -1963-*), además de algunos artículos en *Jerarquía* y numerosas colaboraciones periodísticas en *Arriba España* y otros medios de comunicación. Pero *Catilina* es su única obra estrictamente clasicista, tarea que puede acometer con ciertas garantías dados sus conocimientos de las

¹ *Catilina. Una ficha política*, Madrid, Ed. Cygnus, Afrodisio AGUADO. Rafael CONTE da cuenta de la reedición en el suplemento «Libros» de *El País*, de 7 de enero de 1990: A. M. PASCUAL, **Catilina: Una ficha política**, Barcelona, Sirmio, 1989. En esta segunda edición han suprimido el subtítulo en portada. Doña Juana Lajos, de la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra y doña M^ª Angeles Artázcoz, profesora de la misma Universidad facilitaron enormemente mi acceso a las obras y bibliografía sobre A. M. Pascual.

lenguas clásicas y los autores antiguos, algo que quizá dominara desde sus estudios en el seminario.

Pese a que ciertos críticos modernos, por ejemplo Trapiello (1994-180) consideran esta obra bastante menos interesante que el resto de su producción literaria, este *Catilina* llama la atención por varias razones.

En primer lugar, desde el punto de vista de la tradición clásica, por ser, salvo error, la única obra española de ficción escrita alrededor de una figura histórica que ha resultado ser una de las más recreadas en la literatura europea. Como ha mostrado el estudioso de la tradición catilinaria, el profesor italiano N. Criniti (1966, 1968a, 1968b, 1975), *Catilina* ha atraído la atención de innumerables poetas, novelistas, dramaturgos, ensayistas o políticos desde la propia Antigüedad. En segundo lugar, interesa por la perspectiva desde la que está escrita la obra. Frente a la reconstrucción dominante en la tradición clásica, condenatoria de *Catilina* y favorable a Cicerón, Pascual reivindica a *Catilina* como el Rebelde y el Héroe, le hace portavoz de una serie de proclamadas políticas y sociales, que podemos entender también contemporáneos, y crítica y desautoriza a las fuentes antiguas, en particular a Cicerón. Hay que destacar que en los círculos culturales fascistas italianos de los años 40, podemos pensar que los más cercanos ideológicamente a Pascual, los clasicistas son claramente contrarios a *Catilina*. Finalmente, este *Catilina* también se puede leer en clave del desencanto o desengaño de su autor, uno más de aquellos intelectuales falangistas que, de forma más o menos voluntaria o inevitable, se fueron distanciando progresivamente del régimen (RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, 1986, 11-13). Más aún, en algunos de los comentarios y críticas presentes en el libro, se podrían quizá leer alusiones directas a la evolución del régimen franquista a la figura del Caudillo.

En esta comunicación me limitaré a apuntar, de forma necesariamente breve, algunos de estos problemas.

II

A juzgar por sus alusiones explícitas, Pascual utiliza para sus reconstrucción histórica a los más importantes autores antiguos sobre el tema (Salustio, Cicerón, Suetonio, Plutarco, Apiano, etc.). Respecto a la bibliografía contemporánea que pudiera haber manejado, solamente hace referencia a un libro de divulgación, obra de un periodista, M. Maffei o Maffii, que no sabemos si utilizó en la versión italiana o en su traducción

castellana². Si recurrió a otros trabajos no lo sabemos, pero tampoco importa demasiado, pues Pascual no pretende en ningún momento escribir una obra propiamente histórica. Como él mismo afirma, su obra no es una biografía novelada ni una novela histórica («cómodos engendros románticos»), ni tampoco una obra histórica académica («*los historiadores presumen de objetividad, de imparcialidad, de ecuanimidad, de una larga serie de virtudes despreciables*» -9-; «*los historiadores van siempre tras el carro de los vencedores*» -68-). Su obra es «*apenas una ficha política*» (9).

Pascual confiesa que su primer encuentro con Catilina data de su infancia, a través de su aprendizaje del latín. Ya desde entonces va siendo consciente de la enorme manipulación histórica tejida a su alrededor, sobre todo de la mano de Cicerón («*En torno a la figura de Cicerón, por creerla digna y noble, ha vivido el mundo ocho siglos de mentira. Y para Catilina, tras de la muerte, la deshonra. Es el caso más prolongado de leyenda negra, de partidismo científico*» -82-). Finalmente decidirá y prometerá, en un estilo muy propio de la época y su ambiente: «*Yo defenderá a Catilina contra todos. Contra el mundo*» (9).

La figura de Catilina viene definida ya en el «Prólogo» y nos da claves de las intenciones e intereses de Pascual: «*Catilina no fue un malvado integral. No puede considerársele tampoco como un prototipo de virtudes. Es sencillamente un hombre de aquellos, innumerables, que no conocieron el mandamiento nuevo: "Amaos los unos a los otros". El amó violentamente a los proletarios, a la patria, a la gloria, y odió con la misma violencia a los hipócritas de la ley y del dinero. Fue genial y brutal. Elaboró su vida a golpe de hierro, como una estatua. Su estirpe le forjó para ser un aristócrata y la muerte le halló convertido en un héroe*» (9). En tono claramente José Antoniano comenta que Catilina tiene su misión «*que le ha costado encontrar 40 años*», para la que «*está dotado de grandes cualidades. Posee el mando, la persuasión, la simpatía, la firmeza de ánimo, la crueldad, la ductibilidad de afectos*» (75). Un comentario del propio Catilina, recogido en las fuentes antiguas, a propósito de sus posibles apoyos ante la batalla final, le sirve a Pascual para redondear esa imagen de luchador por la libertad: «*(Alguien) Podríamos contar con los gladiadores de Capua. Catilina rechaza. Quiere revolución, no espartaquismo (sic). Quiere, ante*

² M MAFFII, 1933, *Cicerone e i il suo dramma político*, Milano, Mondadori; trad, español: 1942, *Cicerón y su drama político*, trad, de A. Esclasans, Barcelona, Iberia.

los mercenarios de Pompeyo, una hueste de voluntarios libres para la auténtica libertad» (79).

Frente a esta reivindicación, idealizada, de Catilina, la figura de Cicerón aparece dibujada con los tonos más negros. Se destacan recurrentemente su demagogía, su oportunismo, su vanidad, su palabrería a menudo hueca, que esconde una ambición desmedida y una preocupación patética por ser aceptado entre los aristócratas y por ser el más noble de los nobles. Esta presentación positiva de Catilina y este anticiceronianismo son notables desde su ambiente intelectual fascista, cuando precisamente en Italia se invocaba a Cicerón como el precursor del principado y casi como aislada figura cultural y política en el marasmo de la crisis de la República romana (Canfora, 1980, 123-125). Paradójicamente, esa exaltación de Catilina es encontrable en autores socialistas o «de izquierda», que reconstruyen un Catilina igualmente anacrónico y que se enzarzan en ocasiones en duras polémicas con autores ideológicamente contrarios, como es el caso de la polémica entre el diputado socialista italiano M. Trozzi frente a su oponente fascista E. Balbo en los años 20 en Italia (Criniti, 1968a).

III

En uno de sus más conocidos trabajos sobre el clasicismo y el fascismo Canfora (1989, 253 ss.) destaca cuatro aspectos, entre aquellos elementos de la ideología fascista directamente relacionados con el ideario clasicista: la crítica de la democracia, el rechazo del liberalismo/capitalismo y del socialismo/bolchevismo y su reivindicación de una «tercera vía», la idea de Roma y la «misión imperial», el rechazo del mundo moderno. En general, con más o menos matizaciones y particularidades, encontramos los elementos propuestos por Canfora en el *Catilina*. Si pasamos a analizar el «programa» en clave contemporánea rastreable a través de la historia de Catilina reconstruida por Pascual podemos hablar de varios elementos determinantes.

En primer lugar, como propuesta política general, se reivindica la *revolución social*, en especial frente a la dictadura militar (encarnada por César, Sila o, en perspectiva, Pompeyo). Pascual presentará esta cuestión, cuando alude a los preparativos de Catilina tras su derrota en las elecciones consulares para el 63, con una disyuntiva de ecos contemporáneos y con implicaciones civilizatorias trascendentes: «*Aparece por primera vez en las gestas de Roma la oposición entre el Oriente y el Occidente,*

aquella divisoria entre dos orbes distintos, que serían incapaces de borrar los Césares. Cuando las clépsidras de Roma señalan el primer aviso de la necesidad de pasar desde la República urbana al Imperio universal, dos tendencias opuestas se levantan frente a frente. A un lado está Pompeyo con el golpe de estado militar y el fasto autócrata de los orientales. Al otro lado, Catilina lleva en sus filas la revolución social y la restauración del individuo, que han sido en todos los siglos las ideas occidentales. ¿Qué decidirá Roma? ¿Golpe de estado militar? ¿Revolución social?» (79).

La *Crítica a la democracia* está también presente, en particular presentando la contradicción entre los apoyos políticos y sociales mayoritarios con qué cuenta Catilina y los mecanismos institucionales, incorrectamente caracterizados como democráticos, que actúan en su contra: «¿Cómo no luchó esta mayoría al lado de la conjura? He aquí la mentira de toda clase de sufragios y democracias. Muchos dan el voto, pero son incapaces de confirmarlo dañando la cara y la espalda» (119); también: «Catilina pudo tener en Roma la mayoría de un sufragio según las normas liberales. En el momento de la revolución juntaba desde luego una mayoría de deseos, pero apenas una centuria de combatientes» (120). La votación absolutoria de Marco Licinio Craso, uno de los senadores más importantes de la época, presunto implicado en la conspiración catilinaria e inculpado por un falso testigo preparado por Cicerón (según nuestro autor) le sirve a Pascual para hacer un comentario sobre el valor de los votos en Roma. En este episodio particular estarían mediatizados por la condición de muchos senadores de deudores del propio Craso: «La verdad o la mentira nacen de una cuestión de votos, fue el caso más grande de la soberanía parlamentaria» (131).

Pero además esta crítica reaparece con la insistencia de Pascual en no confundir a los demócratas de la época (los denominados *populares* en las fuentes antiguas) con los catilinaros: «No se confunda la democracia, inspiradora de este proceso (Rabirio) y de las reformas de Rulo, con el movimiento popular dirigido por Catilina, en el que entraban desde ínfimos artesanos hasta patricios de nobilísima estirpe. Esto querían una Revolución total del Estado, mientras que los otros demócratas, los de César, Rulo, Labieno, Craso, formaban una oposición legal que a lo sumo deseaba un turno pacífico» (93).

El *nacionalismo* es otra dimensión central para Pascual. A propósito de la primera reunión de los conspiradores, una noche de junio, y apoyándose en una cita textual de Salustio (*Cat.* 17) dirá nuestro autor: «se juntaban por primera vez ante el

difamado Catilina para una tarea de nacional violencia y sin una exclusiva necesidad económica».

Para llevar adelante ese programa, tal como se afirma explícitamente, la *violencia* era necesaria («*la historia de Roma, encauzada en centurias votantes, iba a dejar paso a los violentos capítulos escritos por centurias combatientes*»); pero la necesidad de la violencia es más general, en determinadas circunstancias históricas: «*Muchos opinan que debe hundirse un régimen injusto, pero muy pocos siguen, cuando llega el caso, el decisivo camino de la violencia*» (119). ¿Nuevo comentario histórico, sobre los apoyos de Catilina, con ecos modernos?

En un ejercicio «histórico» anacrónico, pero dominante por otra parte en la historiografía de la Antigüedad en el siglo pasado y comienzos de éste, Pascual muestra una y otra vez su posición antiburguesa y anticapitalista. Sigue en esto, además, una línea presente en la producción historiográfica de otros conocidos autores falangistas, por ejemplo en Tovar (Duplá 1992). Las menciones críticas a la burguesía son recurrentes en este *Catilina*, aplicadas en particular a una burguesía del comercio y las finanzas, donde se encuadraría Cicerón y cuya alianza con la aristocracia para mantener el orden establecido, teorizada por el amigo de Cicerón, Atico (69), resultaría fatal para Catilina. Este desprecio por el Estado burgués asoma en su merecida crítica a los mecanismos de votación en la República romana, en apariencia democráticos, pero en verdad censitarios y fuertemente discriminatorios: «*El Estado romano era un prodigio de precauciones burguesas. Normalmente todo ciudadano poseía los mismos derechos políticos, pero en la práctica éstos resultaban solamente útiles para los capitalistas. Así, los comicios centuriados, que elegían a los cónsules, no emitían sus votos por cabeza, sino por clase. Una clase reducida tenía un voto igual a otra clase multitudinaria*» (119).

En fin, la reivindicación, frustrada, de un *nuevo orden* (que ha habido aparecido antes: «han privado a Roma del nuevo orden que necesita» -76-), cierra su alegato, tras el relato de la muerte gloriosa y digna de Catilina en la batalla de Pistoya: «*La derrota de Catilina cerró para Roma los caminos del mando único, fundado en una revolución social. Quedó sólo el atajo de los pronunciamientos y la revolución no se realizó jamás*» (145).

El clasicismo de Pascual participa también de otras características comunes a esta tradición intelectual, en su versión más latinizante e italianizante. Podemos verlas en el propio *Catilina*, o en otros trabajos de nuestro autor, como el artículo «Tratado

Segundo de la Razón de Imperio», publicado en el núm. 4 (el último) de JERARQVÍA en 1938, o en muchas de sus colaboraciones periodísticas. Me refiero, por ejemplo, sin abandonar el *Catilina*, al papel absolutamente central de Roma y la latinidad, su gremialismo, su antisemitismo, su desprecio por los bárbaros y lo oriental, incluido lo griego, que le hace menospreciar el peligro real que supusieron los germanos para Roma, etc., etc.

IV

A lo largo del *Catilina* surgen, en distintas ocasiones, comentarios críticos en torno a la evolución de los acontecimientos que pueden, al mismo tiempo, aludir directa o indirectamente a la situación contemporánea del autor. Todo ello se podría encuadrar en un ambiente de desilusión, evidente en los últimos años de Angel María Pascual. Llega a decir algún cronista que la última hora de Pascual, la actitud de los últimos tiempos, fue «catilinaria» (Clavería, 1954). Pero hay que recordar que la de Catilina fue una «revolución» fracasada, cuya derrota, como acabamos de ver, resultó de una gran trascendencia histórica para Pascual.

De hecho, ese sentimiento, esa conciencia de derrota se explicita en los primeros párrafos del libro, cuando comenta el tipo de obra que ha escrito: «*Así ha brotado días tras día la historia total e inédita de una gran desilusión*» (9). ¿Apunte autobiográfico, a la vista de la evolución del régimen y de la propia Falange? La respuesta es difícil.

En cualquier caso, como apuntaba antes, a lo largo del libro se repiten las críticas al desarrollo de Roma, paralelamente al fracaso de Catilina, de las tendencias a la dictadura militar y a un régimen personal, apoyado en especial en el ejército, que desvirtúa progresivamente la dimensión social implícita en la «revolución» pendiente. Es significativa al respecto la tipología de soluciones «extralegales y violentas» en situaciones de crisis de un sistema que establece Pascual (en principio aplicable a la Roma tardorrepublicana) y el papel que le asigna al levantamiento catilinario. Las posibilidades son las siguientes:

«1º *El golpe de Estado aristocrático: la dictadura de Sila.*

2º El levantamiento anárquico contra los tiranos del mundo: la huelga general de los esclavos, la sublevación de tipo más auténticamente espartaquista (sic), porque la dirigía el propio Espartaco.

3º El movimiento de los pobres, de la juventud, de los que desean el pan y la justicia: la conjuración de Catilina.

4º El caudillaje militar, la marcha sobre Roma: el gobierno de César.

Solamente falta la quinta etapa: la fundación del Imperio» (20).

Si, en este caso, la solución catilinaria aparece claramente destacada de las demás, con personalidad, protagonistas y fines propios, su rechazo de la dictadura militar es recurrente: «...las gentes de orden esperaban la salvación de una dictadura, que es el signo fatal -lo será también dos mil años más tarde- de que un Estado va a morir» (84, alusión a Pompeyo, a fines del año 63). Algunos otros comentarios son más enigmáticos. «El que aspira a dictador necesita un ejército propio. Sila lo compra con estatuas de Fidias. Los dictadores actuales han venido muy a menos» (25); o también «Sila inaugura la conocida escolta de policía secreta. En esto muchos le imitarían» (31). Pero otros pueden aludir a situaciones más cercanas, por ejemplo cuando dice, de nuevo referido a Sila: «Como todos los dictadores, Sila busca el modo de agrupar un partido» (28).

La crítica al régimen se puede intuir también en este otro pasaje, relativo a la juventud desatendida por los poderes públicos, que constituirá uno de los apoyos sociales centrales de Catilina: «Quedaban la ínfima plebe y la juventud: los dos elementos que, al cabo de dos mil años, continúan siendo despreciados por los técnicos de la política» (58).

Realmente puede resultar un ejercicio excesivamente hipotético, y difícilmente comprobable, deducir las posibles críticas al régimen franquista a través de esta serie de pasajes. En cualquier caso, parece evidente, en ocasiones incluso explícito, el disgusto de Pascual ante algunos aspectos de la situación contemporánea que, por otra, coincidirían con ese «desengaño» al que se alude cuando se analiza la evolución de determinados intelectuales falangistas y su grado de adhesión al nuevo régimen y al poder indiscutible de Franco. La voluntad de permanencia de éste en el poder de forma absolutamente autocrática, y supuestamente inesperada para

muchos de sus aliados en la guerra (Ellwood 1986), no coincidirían con las aspiraciones políticas de Falange. La progresiva marginación, en cuanto al poder político real, de esta formación y de su programa, que no de su retórica (Chueca, 1986) hacen plausible esta lectura en clave crítica del *Catilina* de Pascual. Cuando seguimos la aventura del «Héroe» romano y el fracaso de su revolución social, podemos, con cierto grado de verosimilitud, adivinar el desencanto de Pascual ante el fracaso de la supuesta «revolución social» de su tiempo.

V

Antes de finalizar, quisiera retomar un comentario inicial, a propósito del interés que suscita esta presentación positiva de Catilina desde posiciones de derecha, frente a un Catilina tradicionalmente reivindicado desde las filas de la izquierda³. La sorpresa se mantiene cuando se descubre que esta interpretación no es exclusiva de Pascual, sino que encontramos en otro autor cercano ideológicamente un comentario que pone de nuevo a Catilina en un primer plano histórico, aunque esta vez subrayando más sus limitaciones. Ramiro Ledesma Ramos, en su *Discurso a las Juventudes de España* escribe lo siguiente: «se cumple así de nuevo, en el marxismo, el destino de Catilina, que pagó con la derrota su incapacidad militar, su falta de destreza para convertir las masas subversivas en ejércitos poderosos. Catilina, a quien puede considerársele cronológicamente como el primer revolucionario de la historia, desencadenó su acción en una coyuntura exacta de Roma, pero predominaba en él el agitador y el intelectual más que el caudillo militar, y su revolución fue vencida por esa razón única. La prueba es que, pocos años después, Julio Cesar, con el mismo programa de Catilina, pero dotado de altísimas virtudes y cualidades militares, logró el triunfo»⁴.

³ La historia de la suerte de Catilina a través de los tiempos, paralela lógicamente a la consideración ciceroniana, está trazada exhaustivamente en los trabajos citados de Criniti. Este revela cómo el género de las conspiraciones, y por tanto Catilina, están en boga en la época del Renacimiento y el Humanismo, como supuestos episodios de la lucha por la libertad republicana, también en la Francia revolucionaria y, posteriormente, en la literatura socialista. Aunque también una determinada historiografía marxista ortodoxa se levanta contra los excesos anarquizantes de Catilina, siguiendo en esto la interpretación mommseniana quien, ya en su magistral **Historia de Roma**, definió a nuestro personaje como destacado anarquista, en otra muestra de esa reconstrucción histórica tan deudora de su propio protagonismo político en la Prusia decimonónica.

⁴ Segunda digresión acerca del perfil actual de Europa, cap. V. «La impotencia revolucionaria del marxismo», en ap. 4: «El marxismo subestima valores revolucionarios de máxima eficacia», 214, comentarios finales.

El *Catilina* de Angel María Pascual se inserta pues en un ambiente cultural fascistizante en el que el peso de la tradición clásica, en particular en Italia, es indudable. En España esta dimensión clasicista, si bien de menos entidad que en el fascismo italiano, tiene también su importancia y, además, como en el caso comentado, presenta en ocasiones un perfil propio. Comentar sucintamente ese extremo ha sido la pretensión de esa comunicación.

Mientras tanto queda pendiente una investigación más exhaustiva sobre el clasicismo en los sectores conservadores hispanos, que pueda arrojar más luz sobre la historia del pensamiento y las ideas políticas en la España de este siglo⁵.

⁵ Apunto como dato colateral, en la tan exigua tradición catilinaria en lengua castellana (vid. en *Critici la ausencia de títulos*) la existencia de una obra curiosa, que no he podido estudiar detenidamente y que merecería un análisis detallado. Me refiero a *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma* (Buenos Aires, Huemul), cuyo autor es el argentino Ernesto PALACIO y cuya primera edición data de 1935. La justificación del tema por el autor, la orientación político-didáctica de la obra, la reivindicación de *Catilina* (el título es suficientemente expresivo) y el análisis histórico, la emparentan directamente con la de PASCUAL, aunque ignoro si éste la pudo conocer.

BIBLIOGRAFÍA

CANFORA, Luciano, **Ideologie del classicismo**, Torino, Einaudi, 1980, 123-125 (hay traducción española: **Las ideologías del clasicismo**, Madrid, Akal, 1991).

id., 1989, **Le vie del classicismo**, Bari, Laterza.

CLAVERÍA, Alberto 1954, «Angel María Pascual», **ALCALA Revista Universitaria Española** 57, 25 de mayo.

CRINITI, Nicola, 1966 «Contributo alla storia degli studi e delle tradizioni dessiche nell'età moderna e contemporánea», **Aevum** XL.I-II, 500-518.

id., 1968a «La tradizione catilinaria: interpretazioni provinciali italiane tra le due guerre mundiali», **Aevum** XLII.I-II, 114-120.

id., 1968b «Contributo allo studio della fortuna catilinaria nella letteratura europea», **Nuova Rivista Storica** LII.I-II, 50-72.

id., 1975 «Catilina» e «catilinario», en M. SORDI (ed.) **Storiografia e propaganda**, Milano, 121-135.

CHUECA, Ricardo L., 1986 «FET y de las JONS: La paradójica victoria de un fascismo fracasado», en J. FONTANA (ed.), **España bajo el franquismo**, Barcelona, Crítica, 60-77.

DUPLÁ, Antonio «Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España», comunicación presentada al II Congreso Peninsular de Historia Antiga (Coimbra 1990), ahora en **Rivista de Storia della Storiografia Moderna** XIII.N.3, 1992, 199-213.

id., 1993 «Nota catilinaria», *Veleia* 10 (en prensa).

ELLWOOD, Sheila M., 1986 «Falange y Franquismo», en J. FONTANA (ed.), **España bajo el franquismo**, Barcelona, Crítica, 39-59.

RODRÍGUEZ-PUÉRTOLAS, Julio, 1986, **Literatura fascista española**, Madrid, Akal, vol.I «Historia».

TRAPIELLO, Andrés, 1994, **Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)**, Barcelona, Planeta.